

bía alguno que en s6n de mofa recordaba que habia tratado de seducir al rey sin tacha. — Cuando Bibiana vi6 frustrada su esperanza de robar 6 la reina el coraz6n de su marido, dedic6 sus esfuerzos 6 subyugar al hombre m6s famoso de todos aquellos tiempos, al sabio Merl6n, que era consumado en todas las artes, y 6 quien el rey debia sus puestos, sus naves y sus palacios; 6 Merl6n, que conocia el curso de los astros y leia como en un libro en el cielo estrellado; al viejo Merl6n, que era el m6s inspirado de los bardos y 6 quien el pueblo llamaba el encantador. Al principio trat6 de atraerle con su viva y chispeante conversaci6n, con seductoras sonrisas, 6 lanzando, como al descuido y sin mala intenci6n, los dardos ligeramente envenenados de la calumnia, apuntando aqu6 e hiriendo all6 con singular destreza; y el profeta, que era con casi todos severo y aun 6 veces hura6o, dej6base llevar con ella de su natural bondadoso, y se complac6 con su petulancia, por m6s que le pareciera censurable, y reia de sus travesuras como se hubiera reido de las de un gatito juguet6n. As6, habiendo empezado por tolerar aquellas locuras, fu6 poco 6 poco familiariz6ndose con ellas; pero en el fondo de su alma el mago despreciaba profundamente 6 Bibiana, y la joven, que tenia demasiada penetraci6n para que no lo echara de ver, cambi6 de t6ctica y empez6 6 interrumpir sus travesuras con m6s serios arrebatos, 6 ponerse s6bitamente p6lida 6 encendida, y 6 poner en juego otros mil artificios dignos de tan refinada coqueta. Muchas veces, cuando se encontraba con 6l,

suspiraba profundamente, 6 fijaba en 6l los ojos en silencio, con tal expresi6n de amor y reverencia, que el viejo, aunque dudando, se sentia halagado, y 6 veces, lisonjeando su deseo de verse amado en la vejez, casi creia en la sinceridad de la joven. Vacilaba, pues, el viejo; y Bibiana, firme en su prop6sito, no se apartaba de 6l y le asediaba incesantemente. As6 transcurrieron muchos meses.

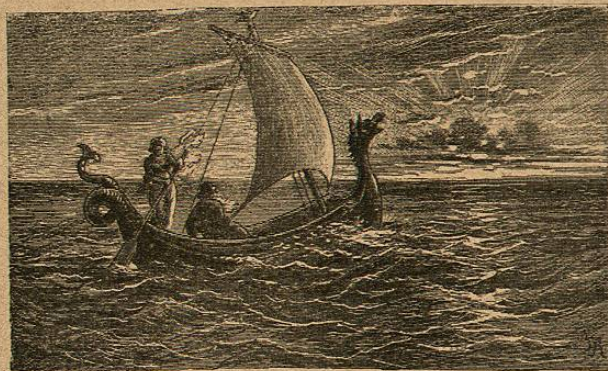
\*  
\* \*

Por fin apoder6se del mago una profunda melancol6a; atorment6banle fat6dicos sue6os, cerc6banle sombras pavorosas, veia siemprealzada para herirle la terrible segur de la muerte. Parec6le ver en la niebla una batalla que no terminaba nunca, y llegaban 6 sus o6dos trist6simos lamentos. Era la guerra universal y eterna de la carne mortal contra la vida. Veia la muerte en la vida, la mentira en el amor, lo m6s vil y m6s bajo triunfando de lo m6s sublime, y el m6s alto designio malogrado por un gusano.

\*  
\* \*

As6 pues, dejando la c6rte de Arturo, se fu6 6 la orilla del mar, y all6 encontr6 una barquilla en la que entr6; y Bibiana, que habia ido sigui6ndole, entr6 tras 6l, pero Merl6n no se apercibi6 de ello. La joven se puso 6 gobernar el tim6n, mientras que el anciano pon6a toda

su atención en la vela; y la barquilla, impelida por un súbito viento, corrió á través del piélago, y fué á tocar en la costa de Bretaña, donde desembarcaron. Y Bibiana siguió á Merlín por la arenosa playa y por los campos, hasta la bravía selva de Broceliande (1). Porque hacía ya tiempo que el sabio encantador le había hablado de un hechizo que si se operaba en alguien dando vueltas en



torno de él, moviendo los brazos y pronunciando ciertas palabras, quedaba para siempre sin movimiento, como encerrado entre cuatro fuertes muros de donde la salida era imposible; y hombre alguno viviente podía verle jamás, ni podía él ver á nadie como no fuese al que le hechizó, á quien en cambio vería continuamente; y permanecería ya siempre como muerto, y perdido para la vida, y para la actividad, y para la gloria. Y Bibiana estaba

(1) En bretón, *Broch allean*.

siempre buscando ocasión de operar el maleficio sobre el gran encantador de la época, imaginando que la fama que con ello alcanzara, estaría en relación con el renombre altísimo de aquel á quien pensaba aniquilar.

\* \* \*

Tendida sobre el césped, la falaz Bibiana besaba, al parecer con profundo amor y con veneración profunda, los piés del profeta. Un torzal de oro en forma de culebra ceñía los hermosos cabellos de la joven; y un vestido de joyante seda que más bien parecía hecho para mostrar sus formas que para ocultarlas, un vestido de valor inestimable y cuyo color recordaba el de las lustrosas hojas de las sargas cuando en el ventoso y sombrío Marzo las ilumina un rayo de sol, dibujaba sus gruesos y bien torneados brazos, y las elegantes y tentadoras curvas de su flexible y airoso cuerpo. La taimada besaba, pues, los piés de Merlín, exclamando: — Holládmeme, queridos piés cuyas huellas he seguido; holládmeme, y he de adoraros; pisoteádmeme, y os besaré en cambio. — Pero el anciano permanecía mudo, porque oscuros presentimientos, pavorosos presagios se agitaban en su cerebro, no de otro modo que en un lóbrego antro del Océano se agitan y corren las ciegas olas, palpando las



mohosas paredes de su alcázar marino. Por eso cuando ella alzó la cabeza, y mirándole con tristes y suplicantes ojos, le dijo: — ¿Me amáis, Merlín? — y otra vez: — ¡Oh Merlín, decidme si me amáis! — y una vez más: — ¿Me amáis, oh gran maestro? — el anciano permaneció mudo. Pero Bibiana, la ágil y flexible Bibiana, asiéndole de los talones, se acercó á él encorvándose como una serpe, y subiendo sobre sus rodillas, se sentó en ellas. Luego juntó sus piecitos detrás de los tobillos del anciano y le echó un brazo al cuello; y mientras que su mano izquierda pendía como una hoja del hombro del encantador, hizo con la derecha un peine de nácar para peinar la luenga barba que los años habían emblanquecido. Entonces él, sin mirarla, dijo: — Habla menos de ello, cuanto más ama, el que es juicioso. — Y Bibiana respondió con presteza: — Sé que el amor no tiene ojos, pues he visto el niño ciego, el diosillo del dorado carcaj, en el salón de tapices de Arturo, en el palacio de Camelot. Pero está lucido si además de los ojos le falta la lengua, ó por lo menos, aunque la tenga, no sabe hablar. ¡Qué niño tan estúpido! Con todo, sois sabio y quiero creer lo que decís; quiero creer que el silencio es la sabiduría. Me callo, pues, y ni siquiera pido un beso. — Y añadiendo: — Mirad; ya me cubro con el ropaje de la sabiduría, — extendió sobre el cuello y el pecho, y hasta las rodillas, el afelpado manto de la barba del viejo, exclamando que ella era una dorada mosquita cogida en la tela de una vieja, enorme y cruel araña, que en aquel solitario bos-

que quería engullirla sin decir una palabra. Así decía Bibiana; pero en verdad más bien parecía una hermosa, aunque funesta estrella, medio velada por una nube gris. Por fin, el anciano sonrió tristemente, y dijo: — ¿Qué singular merced vas á pedirme, Bibiana? ¿A qué extraordinaria petición sirven de preámbulo esas lindas tretas y boberías? Debo sin embargo darte las gracias, pues has disipado mi melancolía.

\*  
\* \*  
\*

Y Bibiana contestó sonriendo con descaro: — ¿Qué es eso, gran maestro? ¿Habéis recobrado la voz? ¡Cuánto me alegro de ello! — ¡Por fin os dignáis darme las gracias! ¿No me hice ayer acreedora á vuestro reconocimiento? Sin embargo, no desplegasteis los labios en todo el día, como no fuese para beber. Recordaréis que no teniendo vaso me ví obligada á recoger en las palmas de mis blancas y señoriles manecitas el agua que gota á gota manaba de la hendidura de un peñasco, y que formando con mis manos un lindo vaso lo acerqué, puesta de hinojos, á vuestros labios. ¿Y qué hicisteis vos? Beber sin dirigirme una palabra, ni dar la menor muestra de agradecimiento. No estuvisteis más cortés que lo hubiera estado un macho de cabrío, si yo, engañada por su luenga barba, única cosa que él tiene de venerable, le hubiera mostrado tanta veneración como á vos, y hubiese sido con él tan obsequiosa. Y cuando más tarde nos detuvimos

junto al pozo, ¿sabéis que Bibiana, aunque desfallecida de cansancio, bañó antes que los suyos vuestros piés, dorados con el pólen de las flores de las fértiles praderas que habíamos atravesado? Con todo no me distéis las gracias, ni me las habéis dado por acompañaros en esta fragosa selva, ni por mimaros como os he mimado esta mañana. Y ahora decís que lo que quiero es pedir os una merced... Pues bien; es cierto. Mas no se trata de una merced tan singular como imagináis. — ¿En qué os había yo ofendido para no hablarme? Que sois un sabio es innegable, y en verdad que vuestro silencio muestra más sabiduría que bondad.

\* \* \*

Entonces Merlín, poniendo su huesuda mano entre las carnosas manecitas de la joven, dijo: — ¿No habéis estado jamás en la playa del mar viendo avanzar las olas, y observando como antes de romperse se reflejan en la movidiza arena sus rizadas espumas? Una ola semejante aunque no tan bonita, una ola oscura he visto por tres días consecutivos reflejada en el fatídico espejo de mi mente y pronta á caer sobre mí. Levantéme entonces y huí de la corte de Arturo, buscando alivio á mi melancolía. Vos me seguisteis sin que yo os llamara, y cuando miré hacia atrás y os vi siguiéndome, mi imaginación os envolvió en la espesa niebla que entonces se cernía sobre mi espíritu; porque ¿queréis que os diga la verdad? Parecíame que vos

erais la ola que iba á romperse sobre mí, y á arrebatarme mi poder sobre el mundo, juntamente con mi vida, y mi nombre, y mi gloria. Perdonádmeme, hija mía. Vuestras chanzas y vuestras travesuras han disipado mi tristeza. Pedid, pues, la merced que ambicionáis, y que os debo no una sino tres veces: primera, porque, en la perturbación de mi ánimo, os juzgué mal; segunda, en lugar de las gracias que os debía, y que os he dado demasiado tarde; y tercera, por esas deliciosas locuras con que me habéis entretenido. Por consiguiente pedid, y tomad en seguida, esa singular merced que, según decís, no es tan singular como yo creo.

\* \* \*

Y Bibiana respondió sonriendo tristemente: — Cierto; no es tan singular como creéis. Más singular es que yo haya tenido que pedir osla durante tanto tiempo. Más singular sois vos, y doblemente singular es vuestro sombrío humor. Mis temores se han confirmado: siempre sospeché que no me perteneciais por completo. ¿No acabáis de confesar que me habéis juzgado mal? Las gentes os llaman profeta: sea enhorabuena; mas no sois de aquellos que saben exponer justa y derechamente los vaticinios. ¿Queréis que Bibiana sea vuestra expositora? Ella os dirá que esos tres días de melancolía nada malo presagiaban, y que únicamente debéis días y noches semejantes á vuestro receloso espíritu, que es también el que os ha

hecho parecer menos noble de lo que realmente sois cada vez que os he pedido esta merced que hoy os pido de nuevo. ¿No véis, amor mío, que un humor como el que últimamente oscurecía vuestro noble entendimiento cuando os apercibisteis de que yo os seguía, tiene que aumentar mis dudas de que me pertenezcáis por completo, tiene que avivar mi deseo de ver si realmente sois mío, y hacerme ansiar con redoblada vehemencia que, en muestra de confianza, me déis á conocer el hechizo? ¡Oh Merlín, enseñádmelo! Enseñadme el encanto, y así que me lo enseñéis empezaremos á gozar del dulce reposo de los encantados. Dadme con ese secreto algún poder sobre vuestro destino, pues yo, viendo que me creéis digna de vuestra confianza, descansaré y os dejaré descansar, segura de que sois enteramente mío. Por tanto, mostráos tan grande como sois realmente; no os encerréis en una egoísta reserva. ¡Qué duramente me miráis! ¡Cuán claramente veo que me reusáis lo que os pido! Me indigna, me enloquece el pensar que tal vez me creéis capaz de experimentar el hechizo sobre vos inopinadamente. Mas vale que el lazo que nos une se desate para siempre, si es que de tal maldad me creéis capaz; pero que me creáis ó no tan miserable, por el cielo que nos oye os juro que voy á deciros la pura verdad, tan pura como la sangre de un recién nacido y tan blanca como la leche, y es que jamás he pensado en traición tan horrible. ¡Oh Merlín! Si alguna vez en el necio desvarío de mis potencias, ó aunque sea en la embrollada confusión de un sueño, he pen-

sado en semejante traición, quiero que la dura tierra se abra hasta el infierno del Nadir, y me trague, cerrándose de nuevo sobre mí en castigo de mi perfidia. Concededme, pues, la merced que os pido, porque hasta entonces no puedo mostraros todo mi amor, ni ser enteramente vuestra; colmad mi deseo tantas veces expresado, dándome esa gran prueba de amor. Creo que, aunque sois muy sabio, apenas me conocéis todavía.

\*  
\* \*

Merlín entonces retirando la mano que tenía entre las de la joven, dijo: — Demasiado curiosa sois, Bibiana, y por muy sábio y prudente que yo sea, nunca lo fuí menos que cuando por primera vez os hablé del hechizo. Y puesto que habláis de confianza, debo deciros que demasiada confianza puse en vos cuando os hablé de eso, y estimulé, sin pensarlo, ese vicio vuestro, el mismo que por medio de la primera mujer causó la perdición del hombre. En los niños está muy bien una gran curiosidad y les conviene muchísimo, pues tienen que aprenderlo todo y enseñárselo á todo el mundo; pero en vos que no sois niña, pues á pesar de vuestros pocos años leo no poca experiencia en las líneas de vuestro rostro; en vos, la llamo... Bien; no la llamaré vicio. Pero puesto que os comparáis con una mosquita, bien quisiera yo tener una tela de araña para sujetaros, porque entonces aunque forcejárais, la lasitud al fin os haría ceder. No: no quiero

daros poder sobre mi vida, y sobre mis potencias, y sobre mi nombre, y sobre mi gloria; pero ¿porqué en cambio no me pedís otra merced? ¡Por la cruz de Cristo, que he tenido demasiada confianza en vos!

\*  
\* \*

Bibiana entonces, como la más sencilla y tierna doncella que jamás esperó á un amante junto á algún molinete de aldea, contestó con los ojos llenos de lágrimas: — ¡Oh maestro! ¡No os enojéis con vuestra sirvienta! Acariciadla para que vea que la habéis perdonado. La infeliz no tiene valor para pedir os otra merced. Me parece que no debéis conocer una tierna canción que una vez oí cantar á Sir Lanzarote. Escuchadla, maestro: ella responderá por mí.

En el amor, si es firme y verdadero  
fé y desconfianza á un tiempo haber no puede:  
quién no cree en algo, dudará de todo.

Una rendija apenas perceptible,  
poco á poco al laud dejará mudo.  
Quién duda de algo, dudará de todo.

La peca acaba por podrir el fruto,  
y al laud deja mudo una rendija.  
Quién empieza á dudar, duda de todo.

¿Me crees indigna de tu amor? Olvida.  
¿Me olvidarás? ¿Dime que no, querido!  
No creas nada ó ten confianza en todo.

¡Oh maestro! ¡Decidme! ¿Os agrada mi tierna canción?

\*  
\* \*

Mirábala Merlín fijamente, y poco le faltaba para creer en la sinceridad de sus palabras. ¡Era tan dulce su voz, y su acento tan tierno! ¡Era su rostro tan hermoso! ¡Brillaban tan dulcemente sus ojos detrás de las lágrimas, como brilla el sol en la llanura después del aguacero! Con todo, el profeta respondió medio indignado:

¡Cuán distinta era la canción que un día oí cantar junto á este enorme roble, casi en el mismo sitio en que estamos sentados! Habíamonos reunido aquí diez ó doce amigos con el objeto de cazar un animal que en aquel tiempo abundaba en estas bravías selvas: el ciervo de dorados cuernos. Fué entonces cuando por primera vez se habló de fundar una Tabla Redonda, una Orden que por el amor á Dios, á los hombres, y á las nobles acciones que distinguiría á sus miembros todos, había de ser el ornamento y el orgullo de la tierra. Y enardecidos con esta idea generosa, nos incitábamos mutuamente á la realización de nobles acciones. Había principalmente uno, que por cierto era el más joven de todos, á quién no podíamos hacer callar: tal era su entusiasmo que rayaba en delirio. Inspirado por la sed de los combates y de la gloria, púsose á cantar una canción tan ardorosa, tan marcial; dejó oír tan bélicos sonidos semejantes al choque de las espadas, al toque